

Una historia de frustraciones: Edipo, fantasma y satisfacción sexual

Carlos Maffi

1.

A muchos de nuestros colegas les resulta evidente que el tema de la sexualidad tiene cada vez menos lugar dentro de las discusiones psicoanalíticas contemporáneas. Han sido varios los que han reparado en esta situación y ofrecido sus testimonios al respecto. Por ejemplo, hace ya casi quince años, en la Conferencia aniversario Sigmund Freud en Londres, en abril de 1995, André Green se preguntaba “¿Tendrá la sexualidad alguna relación con el psicoanálisis?” Esta irónica interrogación fue el título de una conferencia en la que dirá luego lo siguiente: “*La lectura de periódicos y revistas psicoanalíticas de estos últimos diez años revela una evidente desafección por la sexualidad (...) [que parece así no ser] más un concepto principal, una función teórica con un valor heurístico. No se la considera más como un factor esencial del desarrollo del niño ni como un determinante etiológico propio a iluminar la psicopatología clínica. (...) No queda aparentemente nada, o casi nada, de la significación y de la función que Freud había consagrado a la sexualidad en su obra*” (1996, págs. 829-830). Susann Heenen-Wolff en su artículo “Lo sexual en el psicoanálisis contemporáneo: historia de una desaparición?” (2008, págs. 1155-1171) se hace la misma pregunta que Green, “¿Se puede hablar de una desexualización del psicoanálisis?” (pág. 1157), y hay muchos otros que empiezan a plantearse este asunto como un verdadero problema: “*Es como si no hubiera más lugar para la sexualidad en el psicoanálisis. No la consideramos más como fundamental y ni siquiera es importante para la teorización actual (...) la psicosexualidad, en nuestros días, es frecuentemente considerada como velando otros conflictos, no*

sexuales y más bien ligados al objeto que al revés” (Fonagy, P., 2006, pág. 1).

Parece un hecho que en los consultorios actuales se habla mucho menos de sexo de lo que se lo hacía en tiempos de Freud. Respecto de la clínica de aquella época la nuestra parece mucho más atraída por temáticas relacionadas con la capacidad de simbolización o de mentalización del analizando que por sus aspectos sexuales. El gran interés despertado en los últimos veinticinco años por los llamados *casos límites* y los *trastornos narcisistas*, al menos en Francia, en los que generalmente se supone que la sexualidad juega un rol muy secundario, no contribuye demasiado a mejorar esta situación. Contrariamente a lo que pregonaba Freud, en términos generales la sexualidad hoy en día no aparece si no es en relación a un síntoma preciso relacionado con disfunciones o inhibiciones de las conductas sexuales manifiestas, o por prácticas de tipo perverso.

A nuestro parecer, el problema planteado por este número de la revista, es decir el lugar que el Edipo ocupa dentro de la clínica contemporánea, está atravesado por esta singularidad y tiene que ser abordado partiendo de la problemática más global del lugar de la sexualidad dentro del psicoanálisis: al fin y al cabo, el Edipo no es otra cosa que una parte, substancial ciertamente, pero una parte, de la vida sexual de una persona. Y no es solamente el período edípico sino lo sexual en general lo que parece estar en juego. Ha habido casos en los que, por esta vía, se ha llegado a la paradoja de concederle al Edipo un lugar preponderante pero a condición de despojarlo de todo vestigio sexual. El primero de ellos fue el caso de Jung.

Los motivos de semejante crisis de lo sexual son muchos y muy variados y no es éste el lugar ni disponemos del espacio necesario para abordarlos a todos. Lo que en cambio sí podremos hacer aquí es intentar seguir la pista de uno solo de estos factores recorriendo la historia de un concepto que, para nosotros, resulta clave para entender este proceso: el fantasma. Si se trata de un concepto clave es porque, como todos sabemos, la sexualidad y el fantasma son solidarios entre sí y parecen compartir sus destinos. Como esperamos mostrar en las siguientes líneas, la idea que nos hagamos de lo sexual dependerá de la idea que nos formemos del fantasma. Y viceversa.

2.

Nos dicen los historiadores que el fantasma y el psicoanálisis fueron descubiertos el mismo día. Que fue el 21 de septiembre de 1897 cuando Freud en un mismo gesto abandonó su *neurótica*, descubrió el fantasma y dio nacimiento al psicoanálisis. El fantasma está con nosotros desde el principio mismo del freudismo: “*desde sus orígenes, el psicoanálisis revuelve el material de los fantasmas*” (empiezan su famoso texto de 1964 Laplanche y Pontalis (1964, pág. 13). Algo parecido dirán Kris, Jones y tantos otros.

Sin embargo, Freud no se ocupará especialmente del tema de los fantasmas hasta mucho más tarde de esa fecha. Su primera inquietud cuando abandona la teoría del trauma no son los fantasmas sino la sexualidad infantil, que acababa de descubrir. En ese momento, y en el marco de la experiencia traumática, el fantasma es puesto por Freud en el lugar de la defensa: su contenido (la escena pasiva en donde el sujeto sufre) había servido para velar, para ocultar, para engañar sobre los deseos sexuales del niño sentidos realmente de manera activa. No para mostrarlos. El fantasma no está, para Freud, del lado de la sexualidad sino del lado de la defensa. No es que gracias al fantasma descubrió a la sexualidad infantil sino, al contrario, que a pesar de él pudo observarla.

Así, en el momento del nacimiento del psicoanálisis el fantasma es todavía *secundario*, corolario de un elemento anterior. Ese elemento es para Freud mucho más importante: la pulsión sexual infantil. La existencia del fantasma traumático del ataque sexual por parte de un adulto sólo prueba indirectamente la existencia de esta pulsión, sólo la prueba en calidad de defensa contra ella.

Así que los primeros años que siguieron a su descubrimiento Freud los utilizó en trabajar sobre todo la sexualidad infantil. La culminación de este trabajo se concretó ocho años más tarde en la edición de sus “Tres Ensayos”. En esta obra, cumbre de los testimonios freudianos sobre lo sexual y cuidadosamente revisada en cada una de sus ediciones hasta el final de su vida, no hay, sorprendentemente, ningún capítulo dedicado al tema del “fantasma”, Freud no le dedica ni siquiera un apartado interno y no parece tener ningún lugar importante en sus reflexiones. La palabra “fantasía”, antigua denominación de lo que hoy muchas veces preferimos llamar “fantasma”, aparece solamente tres veces en toda la extensión del libro, las tres veces en el mismo párrafo y en el sentido

defensivo, limitador de lo sexual, del que hablábamos hace un momento.

Es así que no será sino después de haber conceptualizado la pulsión sexual infantil que se dedicará más concienzudamente al tema del fantasma. Es recién en 1908 y 1909 que Freud redactará cuatro artículos que tratan de la relación entre los síntomas y los fantasmas: “Las fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad” (1909, págs. 137-147), “Sobre las teorías sexuales infantiles” (1908, págs. 182;3-201), “La novela familiar de los neuróticos” (1909, págs. 213-219) y “El creador literario y el fantaseo” (1908, págs. 123-135).

Todos estos textos tienen en común que Freud habla en ellos de los fantasmas esencialmente como de sueños diurnos: “*Fuentes comunes y arquetipo normal de todas estas creaciones de la fantasía son los llamados sueños diurnos de los jóvenes*” (1909, pág. 141) cuyo contenido es siempre un escenario de cumplimiento de deseo insatisfecho. Así “*es fácil reconocer por la calle al que va inmerso en su sueño diurno: se sonrío de manera repentina, como ausente; conversa consigo mismo o apresura su andar hasta correr casi con lo cual marca el punto culminante de la situación ensoñada*” (1909, pág. 142). El fantasma es para Freud esencialmente una ensoñación.

Si no niega la eventualidad de que el fantasma pueda ser inconsciente, el camino más frecuentemente recorrido, sostiene, es que sea primero consciente sucumbiendo a la represión en un segundo momento. Y esto por una razón bastante precisa: en todos los casos, “*la fantasía inconsciente mantiene un vínculo muy importante con la vida sexual de la persona; en efecto, es idéntica a la fantasía que le sirvió para su satisfacción sexual durante un período de masturbación*” (Ibid). El fantasma es una ensoñación puesta al servicio de la satisfacción masturbatoria. Si es inconsciente, la represión no sobreviene sino en el momento en que la persona se esfuerza por renunciar a la satisfacción onanista. Fantasma y onanismo comparten pues sus destinos.

Siempre siguiendo a Freud, y puesto que el fantasma es esencialmente el fantasma masturbatorio, su vida estará ligada preferencialmente a los períodos del desarrollo en los que la masturbación juega un rol preponderante porque la salida externa y real es todavía imposible: la infancia y la pubertad. O bien la edad adulta en condiciones de frustración. Siempre aparece ese condicional en

Freud: sólo cuando la satisfacción real es imposible, los fantasmas tomarán la delantera.

Si no hay satisfacción real, sexual o sublimada, el síntoma irá a buscar al fantasma masturbatorio en una tentativa fallida de recuperar un poco del placer perdido. En una tentativa regresiva por restablecer por el *principio del placer*, lo que el *principio de realidad* le ha rechazado.

El fantasma, consciente o inconsciente, es pues, en todos los casos, una manera de afrontar un mundo hostil a las ambiciones eróticas del sujeto. Está allí donde debería estar la satisfacción real ausente. Esta es la tercera característica, y también la más olvidada de las tres, del fantasma para Freud: primero lo asimila al sueño diurno, luego le atribuye la función de búsqueda de placer masturbatorio y finalmente dice que no aparece sino como corolario de la insatisfacción pulsional real. Los fantasmas son siempre, para Freud, “engendrados por la privación y la añoranza” (Op. Cit., pág. 141).

Así, unos meses más tarde, en su hermoso texto sobre el Poeta y la fantasía, esta idea tomará aún más cuerpo: “*Es lícito decir que el dichoso nunca fantasea; sólo lo hace el insatisfecho. Deseos insatisfechos son las fuerzas pulsionales de las fantasías, y cada fantasía singular es un cumplimiento de deseo, una rectificación de la insatisfactoria realidad*” (1908, págs. 129-130). Es el insatisfecho el que fantasea, el afortunado, asegura un optimista Freud, no lo necesita. El fantasma y la insatisfacción pulsional están hechos el uno para el otro en el pensamiento freudiano, van siempre juntos. El fantasma es la puesta en escena de un deseo que aparece como cumplido pero que, sin embargo, fuera del teatro de la mente *no lo está*.

Ahora bien, si el fantasma se muestra particularmente activo durante la infancia es justamente porque durante el período edípico, las pulsiones incestuosas están condenadas a acallarse. La sexualidad infantil, y es también Freud quien lo dice en los “Tres Ensayos”, difícilmente “*pueda desplegarse en otro espacio de juego que el de las fantasías*” (1905, pág. 206) y si está dominada por éstas es porque la prohibición del incesto la condena a no poder alcanzar nunca sus ambiciones. La sexualidad infantil está hecha de “*representaciones no destinadas a ejecutarse*” (Ibid), se lee también en el mismo texto. Los fantasmas se multiplican en esta época de la vida para compensar la *infinita insatisfacción real* que caracteriza al Edipo. Así, muchos años después, en 1924, en su breve escrito sobre el sepultamiento del

complejo de Edipo Freud confirma esta hipótesis: *“la falta de la satisfacción esperada, la continua denegación del hijo deseado, por fuerza determinarán que los pequeños enamorados se extrañen de su inclinación sin esperanzas. Así, el complejo de Edipo se iría al fundamento a raíz de su fracaso, como resultado de su imposibilidad interna”* (1924, pág. 181).

El trabajo de la pubertad, dirá Freud, es justamente el de doblegar estos fantasmas edípicos bajo la presión de nuevas elecciones de objeto exogámicas, capaces en fin de procurar una satisfacción adulta y real al sujeto. La maduración sexual debe encargarse de dos tareas bien pesadas: del abandono de las investiduras parentales en manos de las nuevas investiduras exogámicas y del abandono de la satisfacción onanista centrada en la vida fantasmática en favor del coito con una pareja real. Según Freud, la importancia de este trabajo es tal que es él el que pone en marcha la máquina de la cultura: *“el desasimiento respecto de la autoridad de los progenitores, [es] el único que crea la oposición, tan importante para el progreso de la cultura, entre la nueva generación y la antigua. Un número de individuos se queda retrasado en cada una de las estaciones de esta vía de desarrollo que todos deben recorrer. Así, hay personas que nunca superaron la autoridad de los padres y no les retiraron su ternura o lo hicieron sólo de modo muy parcial”* (1905, pág. 207).

Toda ligazón de un adulto a la vida fantasmática infantil es el fruto de un colapso en su desarrollo psicosexual y fuente de toda suerte de inhibiciones. Así, Freud señala como ejemplo de esas *“personas que nunca superaron la autoridad de los padres y no les retiraron su ternura”* a las mujeres que, prisioneras de estos fantasmas, se quedaron atadas a su vida infantil, revelándose incapaces de llevar una vida sexual normal dentro del matrimonio: *“Y resulta muy instructivo encontrarse con que a estas muchachas, en su posterior matrimonio, se les ha quebrantado la capacidad de ofrendar a sus esposos lo que es debido. Pasan a ser esposas frías y permanecen sexualmente anestésicas”* (Ibid.).

En los “Tres Ensayos” pues, de la misma manera que ocho años antes durante el abandono de la teoría del trauma, los fantasmas obturan la verdadera realización del deseo, traban los engranajes de lo sexual, paralizan, conducen a la insatisfacción o son convocados por ella. Así, las desdichadas jóvenes esposas del ejemplo de Freud, por prisioneras de la vida fantasmática, se demuestran incapaces de llevar una vida sexual satisfactoria.

3.

Muchos años antes que los lacanianos, fueron los kleinianos quienes fruncieron el ceño ante estas ideas. Esta concepción freudiana del fantasma no se adaptaba bien a sus necesidades. Habían centrado su trabajo en los niños y esa práctica hacía aparecer la vida fantasmática como aumentada bajo una lupa, bastante más allá de lo que Freud había sugerido. Con los niños la dimensión del fantasma parece mucho más que una mera vía de escape frente al drama de la frustración que, de todas maneras para ellos, es siempre inevitable. Hanna Segal protestaba así en 1964 refiriéndose todavía en esa época abiertamente a la vieja concepción freudiana hoy prácticamente desaparecida: *“El fantasma no es solamente una fuga frente a la realidad sino un acompañamiento permanente e inevitable del vivenciar, con el cual está en constante interacción”* (1964, pág. 21).

El fantasma ocupará enseguida con los kleinianos un lugar de primer nivel convirtiéndose en uno de los fundamentos de su metapsicología. Es otra integrante de la guardia de honor de Klein, Susan Isaacs, la que había formalizado esta posición de Segal años antes en un artículo convertido rápidamente en un clásico y cuya importancia se puede apreciar en el hecho de haber sido elegido entre todos los demás para inaugurar las célebres “controversias” con los anafreudianos al principio de los años '40. Isaacs sostiene allí que el fantasma es el *“representante psíquico de la pulsión”* y que forma parte del funcionamiento psíquico regular: *“la palabra ‘fantasma’ es a menudo utilizada en oposición a ‘realidad’ entendida como designando los hechos ‘externos’, ‘materiales’ o ‘objetivos’. Pero cuando la realidad externa es llamada ‘objetiva’ se comete un prejuicio que niega a la realidad psíquica su propia objetividad como fenómeno mental (...) quiero afirmar aquí mi opinión según la cual las phantasías inconscientes son el contenido primario de todos los procesos mentales. Estas phantasías constituyen la base de todos los procesos de pensamiento inconscientes y conscientes”* (1948, pág. 80). La “ph” en lugar de la “f” no es un error de ortografía, es que la autora inglesa quiso dejar una marca escrita del cambio conceptual que estaba proponiendo mediante la invención de un neologismo que distinguiera el fantasma kleiniano del freudiano. La idea del neologismo no prosperó porque fue víctima de su propio éxito. La aceptación de este modelo fue tan vasta que el viejo fantasma de Freud dejó rápidamente de existir y, sin dos conceptos distintos, ya no fueron

necesarias dos ortografías diferentes. Desde entonces la vieja ortografía se agenció al nuevo concepto.

Pero volvamos al asunto central de la insatisfacción. Si para Freud el fundamento de la vida psíquica habría sido la pulsión, para un psicoanálisis enteramente fundado en los fenómenos infantiles no es difícil de comprender que sea precisamente el fantasma lo que ocupe este lugar privilegiado: por su posición edípica, insistamos en ello, por estar en la posición de aquél que desea a alguien irremediablemente inaccesible, los niños estarán eternamente insatisfechos. No puede ser de otro modo. Como sus vidas sexuales empiezan y terminan con el fantasma, como no hay más que un solo destino funesto para sus pulsiones, y como la cuestión de la satisfacción en la realidad no es una alternativa y ni siquiera se plantea, el aspecto económico parece tener para ellos muy poca importancia: el niño vive en un mundo enteramente construido por sus fantasmas, sin satisfacción real, un mundo en el que los meandros del sentido, de la significación, parecen mucho más elocuentes que la monótona cuestión de su insatisfacción pulsional estructural que, por demasiado presente, termina finalmente por no percibirse más.

Así Isaacs, en el mismo artículo, pide sin reservas una extensión del concepto de fantasma similar a la que Freud hiciera sobre la sexualidad (Op. cit., pág. 73). La comparación no es ingenua ni casual: Freud ya había dicho que la sexualidad de los niños difícilmente “*pueda desplegarse en otro espacio de juego que el de las fantasías*” (1905, pág. 206), que está enteramente ejercida en el terreno fantasmático. El fantasma, que hasta entonces era *secundario*, pasa entonces a ser *primario* y coextensivo de lo sexual.

Los kleinianos conceden al fantasma un nuevo rol más acorde con su objeto de estudios y también con su época, época cuyo contexto fue el florecimiento del campo semiótico: atribuir los sentidos a la realidad del niño, ensamblar su mundo, construir su psiquismo. El sencillo pero, en ese momento ya visto como demasiado biológico esquema de Freud pulsión-objeto-satisfacción, se convierte a partir de entonces en uno más moderno: pulsión-fantasma-relación de objeto. Es en ese momento también que, de la misma manera que ocurriría con el concepto de “símbolo”, el fantasma deja de tener un estigma negativo y deviene un signo de salud mental:¹ Si para Freud

¹ Para un estudio exhaustivo de este tema, nos permitimos reenviar a nuestro trabajo Maffi, Carlos, *Freud y lo simbólico, crónica de un duelo imposible*, Ed. Nueva Visión, Bs. As., 2005.

la presencia del fantasma indicaba que algo andaba mal para el sujeto, que la insatisfacción lo estaba acechando en algún lado, a partir de ahora será al revés: si la vida fantasmática es inexistente o pobre, es porque algo no funciona del todo bien en el psiquismo.

La proposición de Isaacs no es un desarrollo personal original, sino más bien la consecuencia lógica del trabajo de Klein. Desde los primeros textos de la década del '20, las impresiones clínicas de la decana del movimiento van en este sentido. En una línea que nosotros no podemos desarrollar aquí de manera detallada, Klein partirá de la idea de "imago", introducida por Jung en 1912, para extraer luego de ella su original concepción de símbolo y simbolización inspirada sobre todo en los desarrollos filosóficos de la obra de Cassirer, tan en boga en ese momento. Es de este proceso creativo que surgen los conceptos kleinianos centrales de *objeto interno* y de fantasía inconsciente. En este contexto, la noción de un fantasma como ladrillo del mundo estaba destinada a emerger: "*El simbolismo no sólo constituye el fundamento de toda fantasía y sublimación, sino que sobre él se construye también la relación del sujeto con el mundo exterior y con la realidad en general*", dirá Klein en 1930 (págs. 224-237).

Todo esto podría no haber traído demasiados conflictos si fueran hipótesis circunscritas al análisis de niños. Pero, como sabemos, no es eso lo que ocurrió. Una vez que el kleinismo se instale con fuerza a la cabeza del movimiento, en un largo pero ininterrumpido proceso de treinta años de duración, desde 1940 hasta 1970, el paradigma infantil ocupará casi todos los terrenos. Y el psicoanálisis entero, y no solamente el infantil, estará marcado por estas posiciones. A fin de cuentas siempre se trata de lo infantil, pensarán los kleinianos, *todo análisis es en definitiva un análisis de niños*. Es en este momento preciso que el fantasma será universalmente reconocido como *the essential act of the mind* (Segel, N. P., 1961, pág. 146). Y es en ese momento también que tomará definitivamente la coloración positiva que tiene todavía hoy como un elemento necesario y permanente del psiquismo.

4.

Contra lo que quizá podría esperarse, la llegada de Lacan no hará más que confirmar esta tendencia. Lacan hará en realidad mucho más que confirmarla: la sostendrá con los fundamentos mismos de su

doctrina. Fue él quien articuló conceptualmente por primera vez al *fantasma* y a la *insatisfacción* de una manera formal. La nominación, la intervención del significante, es para Lacan el gran big-bang que ordenará al mismo tiempo al universo subjetivo y objetivo. Es lo que se llama corrientemente la “*muerte simbólica del objeto*” y que Lacan suele metaforizar con su singular interpretación de “Tótem y Tabú”. El hombre es un ser de lenguaje y a causa del lenguaje no tendrá jamás acceso al objeto que dice desear. El desencanto es inevitable.

El objeto no existe más que como el efecto de un corte que lo constituye en un campo del que el sujeto mismo está excluido. Pero, inversamente, el sujeto no puede constituirse más que por esta exclusión que lo separa del objeto. Sujeto y objeto están definitivamente escindidos por la cuchilla del significante. De allí que la satisfacción sea, y Lacan es radical en esto, imposible. No difícil, ni complicada, ni poco probable, sino *imposible*. Y es justamente de esta alienación del sujeto a un objeto permanentemente perdido, de esta insatisfacción estructural, que resulta “*la institución del fantasma propiamente dicho*” (Dor, J., 1992, pág. 223) ⁵, léase “sujeto barrado corte del objeto”.

Salvo que estemos en un error, es en algún momento de la década del '80 que en Argentina se impondrá el galicismo “fantasma” que viene del francés “fantasme” usado para traducir en este idioma la expresión alemana usada por Freud “Die Phantasie”. Los lacanianos argentinos lo importaran y lo impondrán hasta tal punto que terminará desplazando a la antigua palabra “fantasía” incluso fuera de los círculos de influencia francesa. El neologismo español “fantasma” es el equivalente lacaniano del neologismo inglés de la “ph” propuesto por Isaacs, su *made in Germany*, el testimonio de la continuidad entre los ingleses y los franceses: lo que se llama a partir de entonces “la realidad”, que para la primera generación de analistas estaba en las antípodas del fantasma, no es más que el resultado de la articulación fantasmática de un sujeto. De una manera parecida, pero mucho más radical que para Klein, la realidad no sólo no es contraria a lo fantasmático sino que se constituye gracias al fantasma, lo que en el fondo quiere decir que fantasma y realidad son prácticamente la misma cosa. Genéticamente, desde los primeros textos de la década del '30 Lacan sigue un camino similar al kleiniano: también parte del término “imago” que tanto en el “Estadio del espejo” (1936, págs. 93-100) como en su texto sobre los complejos familiares (1938, págs. 23-84) tiene reservado un lugar especial, para pasar luego a la

formulación de los tres registros cuyo eje central es el de lo simbólico y desembocar finalmente en la fórmula del fantasma que hemos citado más arriba. Klein y Lacan siguen pues una ruta similar: imago-simbolización-fantasma.

A primera vista la situación no parece haber cambiado mucho: ahora, como desde sus orígenes freudianos, el fantasma depende de la insatisfacción pulsional. Lo que cambia es que su contrapartida, la satisfacción real, ya no se puede tomar en serio, se vuelve imposible. No existe como alternativa y, si por casualidad aparece, no será más que una quimera, una ilusión imaginaria. A partir de ahora el objeto no podrá nunca más satisfacer nada de lo pulsional freudiano. Esto explica la feroz oposición de Lacan a reconocer el menor atisbo de *satisfacción* en la obra de Freud. Siendo imposible la satisfacción, de una manera similar a los kleinianos pero por razones diferentes, el fantasma debe recubrir de ahora en adelante la totalidad del campo psíquico del deseo sexual y de la realidad.

La insatisfacción paradigmática del niño kleiniano, aislada por cuestiones clínicas, se puede reencontrar en Lacan a través de una formalización que la liga directamente a la fundación de lo humano. Fue él quien reunió maravillosamente bien en un solo concepto estos dos capítulos que parecían en principio alejados el uno del otro: la insatisfacción típica de las mociones pulsionales edípicas con el acto de la palabra.

El fantasma es todavía, como en la época de Freud, un síntoma de insatisfacción. Pero ahora no lo es más por razones evolutivas, patológicas o circunstanciales sino de manera permanente, fundante, irreversible. La insatisfacción y el lenguaje son lo que hace del hombre un hombre, del principio al final, y no solamente lo infantil o lo neurótico.

Klein, gracias a la universalización del modelo infantomórfico y al descubrimiento del fantasma como motor de significaciones, había comenzado con una reforma del modelo freudiano de la sexualidad y anticipado el primado del fantasma en relación al objeto que Lacan, por la adición de la teoría del significante, terminó completando con el modelo de la insatisfacción estructural.

5.

El éxito de la interpretación kleino-lacanianiana del fantasma fue total, no creo que haga falta insistir mucho en ello. En un libro

monográfico sobre el tema recientemente publicado, y llamado precisamente *El fantasma*, Paul Laurent Assoun (2007) nos ofrece uno de los mejores ejemplos. Primero se propone encuadrar la función del fantasma para Freud y, en este intento, se sirve de la misma cita paradigmática que nosotros evocamos más arriba. Recordemos lo que Freud había dicho: “*Es lícito decir que el dichoso nunca fantasea; sólo lo hace el insatisfecho*”. Pero inmediatamente después Assoun se las arregla para sostener justamente lo contrario de lo que esa cita quería decir. Primero hace este comentario: “*se podría entender [de la frase de Freud] que la dicha excluye al fantasma*” (Op. Cit., pág. 12) y eso le resulta suficiente para poder demoler con una sola definición la tesis original: “*como la dicha es una ficción ideal, escribe Assoun, podemos tranquilamente postular al fantasma como la base de la vida psíquica, alimentada como ella lo está por un déficit estructural y coyuntural de Befriedigung (satisfacción)*” (Ibid.).

He aquí, pues, un buen ejemplo de la deriva conceptual que sufre el fantasma y esto en su forma completa, con los dos autores que la concibieron: la primera parte de la frase de Assoun “*podemos tranquilamente postular al fantasma como la base de la vida psíquica*” no es Freud sino Melanie Klein a través del trabajo de Isaacs que puso al fantasma en el fundamento de la vida psíquica, *contra Freud*, en un alejamiento confesado por ella misma, y la segunda parte de la frase “*alimentada como ella está por un déficit estructural y coyuntural de Befriedigung (satisfacción)*” no es tampoco Freud sino Lacan y los efectos de la acción significante, lanzada *contra la noción freudiana de satisfacción* (Dor, J., 1992), después de haber estipulado la falta como estructural.

La tesis de Assoun prueba dos cosas: que la noción actual de fantasma es el resultado de la decantación de las posiciones kleino-lacanianas y que la tendencia general es a negar el decurso histórico y atribuirle a Freud mismo esta posición.

6.

La argumentación que debería seguir ahora es compleja y, por razones de espacio, no podremos aquí más que abordarla sumariamente: los fundamentos metapsicológicos de esta confluencia entre el fantasma y la sexualidad vienen, tanto para los ingleses como para

los franceses, de la célebre interpretación de la *experiencia de satisfacción* de Freud que todos nosotros hemos heredado. Resumamos lo que ya sabemos: generalmente la dividimos en dos tiempos, en el primero, autoconservativo, no hay ni fantasma ni sexualidad, en el segundo, alucinatorio, encontramos tanto al primero como a la segunda. Esto confirma pues que lo sexual nace con el fantasma como si la alucinación de la experiencia de satisfacción bastara para contentar a la pulsión sexual. Lo autoconservativo parece así llevar al objeto mientras que lo sexual conduce inexorablemente al fantasma. Paula Heimann hace una impresionante descripción de este dispositivo: El niño que chupa su dedo “*se siente en contacto real con el seno deseado (...) puede producir su propia gratificación de manera independiente porque en sus phantasías una parte de su propio cuerpo representa al objeto que le falta en la realidad*” (Heimann, P., 1952, págs. 122-168). S. Issacs confirma este parecer: “*Sé muy bien que Freud mismo no dijo que ‘la expresión psíquica’ de la pulsión es idéntica al fantasma. Pero desde mi punto de vista se acercó bastante a ello cuando postuló el principio de satisfacción alucinatoria del deseo*” (Steiner, R., 1991, pág. 266). Lacan, por su parte, se alinearé sin dificultades a esta posición: “*Si el deseo se dirige a una satisfacción alucinada, es porque estamos en un registro diferente. El deseo se satisface en un lugar diferente de la satisfacción efectiva. El es la fuente, la introducción fundamental del fantasma como tal*” (1955, pág. 248).

Esta interpretación de la experiencia de satisfacción es lo que permite consolidar la idea de que el objeto sexual es siempre fantasmático y arraiga una mitología tan difícil de sustentar que Laplanche, después de haber sido él mismo el responsable en los años '60 de la inhumación del concepto freudiano de “apoyo”, termina por decir en 2005 que sacar lo sexual de la alucinación de lo autoconservativo es como sacar un conejo de la galera sin que nadie lo haya puesto allí dentro, antes: un “*acto de prestidigitación*” (2007, pág. 21).

Lo más sorprendente es que, contra lo que solemos pensar, lo que queda más claro del texto del “Proyecto...” es justamente que la alucinación carece de todo poder para producir la satisfacción y que el futuro del aparato psíquico dependerá de la capacidad del sujeto para abandonarla. La última frase del texto es muy elocuente: “*Si a raíz de ella [de la alucinación] se introduce la acción reflectoria, es infaltable el desengaño*” (1985, pág. 364). Y no deja dudas de que

la única salida para la pulsión sexual es una “*modificación en el mundo exterior*” que tiene el mismo nombre y apellido que la salida autoconservativa “*provisión de alimento, acercamiento del objeto sexual*” (Op. Cit, pág. 362). De una manera coherente con los demás textos que hemos citado, Freud, en vez de poner el acento en la vía regresiva, en vez de decir que el deseo conduce a lo alucinatorio o a lo fantasmático, insiste en que el ejercicio de la vía alucinatoria desencadena displacer y que lo sexual, como lo autoconservativo, necesita de acciones en la realidad y de la proximidad de sus objetos.

Es que, para Freud el desenlace del proceso primario es exactamente lo opuesto a la satisfacción: el principio del placer es un cortocircuito que impide la búsqueda de la satisfacción en la realidad. Así, incluso en 1920, en el momento de introducir las pulsiones de vida y de muerte, al final de su artículo y como a la manera de una conclusión, Freud insiste aún en la idea de 1895: “*El principio de placer parece estar directamente al servicio de las pulsiones de muerte*”. El principio del placer es la base del dolor psíquico. Es eso lo que observamos en la clínica de todos los días. Todos los cuadros clínicos son iguales ante esta ley.

Pero la soldadura teórica que funde lo sexual con el fantasma tiende a creer que la satisfacción sexual es imposible fuera del proceso primario. La insatisfacción edípica lo ha invadido todo y esto puede ser, paradójicamente, una manera de debilitar la fuerza de lo edípico. En nuestra opinión, hay algo de esta posición que termina por llevarnos al desinterés por lo sexual: puesto que la teoría dice que lo sexual tiene que ser siempre insatisfactorio, puesto que siempre se trata, como en el Edipo, de pulsiones insatisfechas, el sufrimiento ligado a la insatisfacción sexual deja de ser pertinente como dato clínico, como lo era en la época de Freud. ¿Para qué interesarnos en el régimen sexual de una persona, en el grado de satisfacción o de insatisfacción sexual que logre en su vida, si de antemano suponemos que, sin remedio, el sexo lo conducirá al desengaño? El creciente desinterés relativo a lo sexual con el que empezábamos este artículo, puede que encuentre en este tipo de fórmulas un inesperado apoyo.

En la victoriana época de Freud era necesario recalcar que ciertos juegos de los niños, que los sueños, los actos fallidos o los síntomas, eran la manifestación inconsciente de un deseo sexual. Hoy el péndulo de la moral, de los hábitos y de las costumbres se encuentra del otro lado y necesitamos muchas veces insistir en lo contrario: que los sueños, los síntomas o los fantasmas no son la realización real de

ningún deseo, que la masturbación y el coito son procesos diferentes, que el proceso primario y la satisfacción son cosas opuestas. Generalmente es eso lo que nos permite relanzar la maquinaria clínica.

BIBLIOGRAFIA

- ASSOUN, P. L. (2007) *Le fantasme*, Paris, Ed. Economica.
- DOR, J. (1985) *Introducción a la lectura de Lacan I. L'inconscient structuré comme un langage*, Ed. Denoël, Paris, 1985.
- (1992) *Introducción a la lectura de Lacan II. La structure du sujet*, Ed. Denoël, Paris, 1992.
- FREUD, S. (1895) Proyecto de psicología, en *Obras Completas*, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1994, Vol. 1, págs. 323-445.
- (1887-1904) *Cartas a Wilhelm Fliess*, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1994.
- (1905) Tres Ensayos de teoría sexual, en *Obras Completas*, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1994, Vol. 7, págs. 109-221.
- (1908) El creador literario y el fantaseo, en *Obras Completas*, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1994, Vol. 9, págs. 123-135.
- (1908) Sobre las teorías sexuales infantiles, en *Obras Completas*, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1994, Vol. 9, págs. 183-201.
- (1909) Las fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad, en *Obras Completas*, Amorrortu Editores, Vol. 9, págs. 137-147.
- (1909) "La novela familiar de los neuróticos", en *Obras Completas*, Amorrortu Editores, Vol. 9, págs. 213-219.
- (1911) Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico, en *Obras Completas*, Amorrortu Editores, Vol. 12, págs. 217-232.
- (1911) Pulsiones y destinos de pulsión, en *Obras Completas*, Amorrortu Editores, Vol. 14, págs. 105-133.
- (1920) Más allá, del principio de placer, *Obras Completas*, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1994, Vol. 18, págs. 1-62
- (1924) El sepultamiento del complejo de edipo, en *Obras Completas*, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1994, Vol. 19, págs. 177-188.
- FONAGY, P. (2006) "Psychosexuality and psychoanalysis: An overview", in P. Fonagy, R. Krause and M. Leuzinger-Bohleber (eds), *Identity, Gender and Sexuality*, London, International Psychoanalytical Association.
- GREEN A. (1996) "La sexualité a-t-elle un quelconque rapport avec la

- psychanalyse?”, *Revue Française de Psychanalyse*, T. LX, N° 3, Ed. PUF, Paris, págs. 829-847.
- HEENEN-WOLFF, S. (2008) “Le sexuel dans la psychanalyse contemporaine: histoire d’une disparition?”, *Revue française de psychanalyse*, Presses Universitaires de France, Paris, 2008/4, Volume 72, págs. 1155 à 1171.
- HEIMANN, P. (1952) “Certain Functions of Introjection and Projection in Early Infancy”, en *Developments in Psycho-Analysis*, The Hogarth Press, London, págs. 122-168.
- ISAACS, S. (1948) “The Nature and Function of Phantasy”, *International Journal of Psycho-Analysis.*, 29, págs.73-97.
- LACAN, J. (1938) “Les complexes familiaux dans la formation de l’individu. Essai d’analyse d’une fonction en psychologie”, en *Autres écrits*, Paris, Seuil, 2001, págs. 23-84.
- (1936) “Le stade du miroir comme formateur de la fonction du je”, en *Écrits*, pps.93-100, Paris, Seuil, 1966.
- (1953) “Fonction et champ de la parole et du langage en psychanalyse”, en *Écrits*, pps. 237-222, Paris, Seuil, 1966.
- (1955) “La chose freudienne ou le Sens du retour à Freud en psychanalyse”, en *Écrits*, pps. 401-436, Paris, Seuil, 1966.
- (1954-1955) *Le moi dans la théorie de Freud et dans la technique de la psychanalyse (SII)*, Paris, Seuil, 1978.
- (1955-1956) *Les psychoses (SIII)*, Paris, Seuil, 1981.
- (1957) “L’instance de la lettre dans l’inconscient ou la raison depuis Freud”, en *Écrits*, pps. 493-530, Paris, Seuil, 1966.
- (1959) “A la mémoire d’Ernest Jones: Sur sa théorie du symbolisme”, en *Écrits*, pps. 697-716, Paris, Seuil, 1966.
- (1956-1957) *La relation d’objet (S IV)*, 1956-1957, Paris, Seuil, 1994.
- (1957-1958) *Les formations de l’inconscient (S V)*, Paris, Seuil, 1998.
- (1963-1964) *Les quatre concepts fondamentaux de la psychanalyse (S XI)*, Paris, Seuil, 1973.
- (1965-1966) *L’objet de la psychanalyse (S XIII)*, 1965-1966, Paris, Seuil, 1991.
- (1966-1967) *La logique du fantasme (S XIV)*, 1966-1967, Association lacanienne internationale, Paris, 2004.
- LAPLANCHE, J. ET PONTALIS, J. B. (1964) *Fantasme originaire, Fantasme des origines, Origines du fantasme*, ed Hachette Littératures, Paris, 1985.
- LAPLANCHE, J. “Pulsion et instinct”, en *Sexual: la sexualité élargie au sens freudien*, Paris, PUF, 2007.
- KLEIN, M. (1923) “Análisis infantil”, en *Obras Completas*, págs. 88-115, Buenos Aires, 1989, Paidós.

- (1928) “Estadíos tempranos del conflicto edípico” en *Obras Completas*, 1, págs. 193-204, Buenos Aires, 1989, Paidós.
- (1930) “La importancia de la formación de símbolos en el desarrollo del yo”, en *Obras Completas*, 1, págs. 224-237, Buenos Aires, 1989, Paidós.
- (1945) “El complejo de edipo a la luz de las ansiedades tempranas”, en *Obras Completas*, 1, págs. 372-421, Buenos Aires, 1989, Paidós.
- MAFFI, C. (2005) *Freud y lo simbólico, crónica de un duelo imposible*, Ed. Nueva Visión, Buenos Aires.
- (2009) *Le souvenir écran de la psychanalyse*, Editions du Félin, Paris.
- (2009) “Le Fantasma”, en *Magazine Psychomédiá*, Paris, juin, 2009.
- (2006) “Ernest Jones et la théorie du symbolisme”, en *Journal Le Point*, Hors Série, mars-avril, 2006, p. 46-47.
- (2004) “Objet” en *Notionaire, Enciclopedia Universalis*, Paris, 2004.
- (1999) “Un punto crítico de la correspondencia Freud-Fliess en su cien aniversario”, en *Pulsional, Revista de psicanálise*, Année XII, N°124, agosto 1999, págs. 21-25, Rede Universitaria de Pesquisa em psicopatología, Sao Pablo, Brasil.
- SEGAL, H. (1964) *Introduction à l'œuvre de Melanie Klein*, Paris, Ed. PUF.
- SEGEL, N. P. (1961) “The psychoanalytic theory of the Symbolic Process”, en *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 1961.
- STEINER, R. (1991) *Les Controverses Anna Freud - Melanie Klein, (1941-1945)*, PUF, Paris.

Carlos Maffi
45, rue Croulebarbe
75013 Paris.
Francia